

Gustavo Gallinal: *Letras uruguayas*. Biblioteca Artigas. Colección de Clásicos Uruguayos, Vol. 125, Montevideo, 1967, pp. 138-145.

EMILIO FRUGONI

En 1902 Emilio Frugoni surgió a la vida literaria con el folleto "Bajo tu ventana". Primicia de la adolescencia, este librito de ingenua frescura, orlado de flores en el margen, está consagrado a una musa revestida de miembros femeninos, "la mejor musa es la de carne y hueso", que aparece entre el marco primaveral de una ventana enaguinaldada de cálices purpúreos con el cálido rojo de la sangre moza. Una sola composición contiene: una "mattinata", en que una mirada simpática hubiera adivinado al lírico que dos años después daría a las prensas el libro "De lo más hondo". Libro de intimidad, cuyas mejores composiciones, de sencilla elegancia, revelaban una personalidad que se formaba un poco al margen de las corrientes literarias entonces en boga. Poesía de alma adentro, de una fina y pura melodía. José Enrique Rodó, que firmaba el prólogo, elogiaba en el nuevo poeta, en lo que toca a la ejecución "un sentido muy fino de lo plástico y musical de su arte"; en lo que se refiere al contenido, notaba la sinceridad del sentimiento, inmune de afectación. "Libro, decía, íntimo y general a la vez por la índole de los sentimientos que expresa...; libro de intimidad; poesía de recogimiento y confidencia... ensimismada, dulcemente egoísta. No sé si habrá quien, después de conocida la obra, aconseje al autor que atienda a lo que pasa en torno suyo; que confunda su personalidad de poeta con la personalidad colectiva de su pueblo, o con la de una comunión ideal, a la que muevan hondos intereses humanos." No se destaca el libro por notas originales, ni es la originalidad la preocupación primordial del escritor. Formas puras, talladas en cristal o en diáfano alabastro filtran tamizándola en suave tonalidad la luz interior de ese lirismo sereno. Algunas de sus composiciones caben en cualquier selección hecha con criterio de severidad de la cosecha poética de Frugoni.

"El eterno cantar", de 1907, es un libro ya bien granado, que rezuma la miel del fruto en sazón. Es la misma índole de poesía, enriquecida con nuevos matices. Contiene algunas composiciones de cálida sensualidad. Podríanse borrar de sus páginas con ventaja, entre otras cosas, un pobre boceto psicológico titulado "El místico". Pero las caídas son compensadas por indudables aciertos; tal la composición que abre el volumen, y "Suprema loa", bello y pulido canto de amor con algo como de gracioso discreto "petrarquizante". Frugoni es todavía el poeta de medias tintas de su primer modalidad, que,

ignora que a sus pies corre la vida
con fragoso impulso de torrente.

el poeta de intimidad y de confidencia, que anhela por la perfección de la forma para revestir sus canciones y las elegías que sueña,

elegías tan dulces que parecen
llenaran de emoción a las estrellas...

Nueve años corrieron; nueve años de rumorosa acción, de luchas y de trabajos. Frugoni desmintió los presagios de sus libros primeros. Abrió su espíritu a las repercusiones de la vida exterior; dejó que los sentimientos colectivos llenaran su corazón. Bajó a la candente palestra de las luchas sociales y políticas. En el lírico despertó el hombre de acción. Frugoni acaudilló al naciente Partido Socialista y su personalidad intelectual se perfiló con enérgicos rasgos de luchador. Lanzado a lo más recio del entrevero, dispersó su espíritu en una labor de combate, apresurada y múltiple. Profesor de literatura en la Universidad; polemista de acerada y temible pluma, crítico que escribió algunos de los mejores comentarios que haya inspirado la obra de Florencio Sánchez... ejerció en suma ese oficio complejo del publicista moderno, del hombre que pluma en ristre pelea en todos los campos y a todas horas, armado caballero andante de una causa. Poseía todavía un instrumento de más directa eficacia para la propaganda, de fuerte poder sobre las multitudes; la palabra, una palabra elocuente. No creo en la crítica sistemática que para definir y para forjar fórmulas hueras simplifica y mutila. La pluma del crítico debe ser un instrumento de precisión y de fineza, apto para la delicada labor de analizar la trama oculta de la obra de pensamiento, más intrincada y compleja que la red sutilísima de tejidos vivos que constituye la divina sencillez y armonía del capullo de la flor o la seda de la pluma. No se define una personalidad por ningún carácter dominante. Pero, si se me forzara ahora a hacerlo así con ésta de muchas facetas, diría sin vacilar: Emilio Frugoni, orador. Orador de los más elocuentes que han honrado la tribuna uruguaya es, sin disputa, el "leader" socialista. Su palabra, de registros riquísimos, se adapta a diversos auditorios con flexibilidad extraordinaria: es orador de mitines callejeros y es también orador parlamentario. Sus discursos de la Constituyente han sido reunidos en volumen con el título de "Nuevos Fundamentos". Le oí no ha mucho tiempo, saldando con palabras conmovidas una deuda de amistosa gratitud póstuma a Julio Raúl Mendilaharsu. Por una coincidencia que ahora recuerdo, Mendilaharsu, poco antes de morir, hablándome de sus trabajos futuros me había dicho: quisiera abordar la crítica; intentaré escribir un ensayo sobre la personalidad de Emilio Frugoni. Fue magnífica la oración fúnebre con que Frugoni despidió al amigo, alma bondadosa, eternamente inquieta, alma generosa y expansiva que alentó sueños de hermosura que no acertó a expresar cabalmente en sus libros. Sobre la escalinata de la rotonda, entre un grupo meditativo de oyentes, erguía la figura un poco aburguesada del orador, pálido de emoción. Con pleno señorío de la palabra, con limpia dicción, volcaba sin aparente esfuerzo sus frases fluentes en aquel silencio lleno de recogimiento. Emanaba del orador una sensación de vigor mental, la seguridad de una riqueza interior que se desbordaba caudalosamente en cascadas de imágenes.

Su brazo derecho se movía con gesto de viril elegancia: era, como en la clásica imagen, brazo de sembrador que rítmicamente se alzaba echando cada vez al aire, un caliente puñado de semillas, el verbo sonoro. Aseguro que las palabras con que Frugoni pagó su deuda sentimental al amigo muerto, caían con vibración del más noble metal.

No niego al poeta; pero veo más alto al orador. Es la voz del orador también la que suena en los discursos rimados de “Los Himnos”, publicados en 1916. Con este libro ha querido asumir el significado del poeta civil, poeta de las reivindicaciones socialistas. El verso que fue antes cuerda de lira, es tensa fibra que despide silbando apóstrofes e imprecaciones. He releído el libro con impresión menos favorable que en la primera lectura, recién salido a luz. Hay composiciones de innegable vigor; hay fragmentos elocuentes: tal el consagrado a Juárez. Pero prefiero la elocuencia sin reatos de su prosa. La fraseología de arenga, callejera, enfática y declamatoria, afea constantemente las páginas con notas de estridente violencia, o con rasgos como éstos:

Piensa en ellos y envíales conmigo
Más que una maldición, una amenaza
Y sobre el Sinaí de la conciencia
Quede vibrando como un puño el alma.

Separo, entre otras que podría, algunas estrofas que resaltan entre una loa a la Comuna, un cuadrito de hogar campesino, un cuadrito geórgico pintado con pinceladas de clásica pureza. Separo también, con particular predilección, un elogio de la décima, escrito en entonadas décimas que se balancean llenas de brío refrenado, obedientes a la rienda del buen gusto, gallardas y escarceadoras como el corcel de la imagen en que se desenvuelven:

Metro rítmico y sonoro
que como aldabón golpea
en el alma y centellea
con diez chispazos de oro...
Vaso de sonoridad;
bajel de alada armonía;
ánfora de poesía;
llena de ensueño y verdad;
címbalo de eternidad
cuyo son las almas llena;
potro que pisa la arena
de la vida con donaire,
¡qué bien se estremece el aire
cuando su paso resuena!

Frugoni muestra una nueva faceta de su espíritu en el reciente libro “Poemas de Montevideo”. En páginas de sencillo realismo evoca lugares, escenas, aspectos del nativo solar urbano. Esos cuadros del natural, rimados con pulcra sobriedad, me traen a la memoria el plácido realismo de Coppée en “Los

Humildes". Aquí la simpatía por los humildes se emplea en hacerlos revivir poéticamente. La imagen de la ciudad surge de sus páginas con verdad y con belleza. Las calles abiertas sobre azules perspectivas de mar y de cielo, la plaza Constitución con "su placidez de corazón aldeano de la urbe"; la avenida de cipreses y de mármoles del Buceo tendiéndose hacia una maravillosa lontananza de llanura marina; las viejas quintas del Paso del Molino, con grandes araucarias de gravedad mayestática, verdes pirámides pobladas de pájaros cantores; las vetustas verjas de lanzas cubiertas de mallas tupidas de enredaderas, por cuyos claros se columbran desordenados jardines, húmedos muros, rincones afelpados de musgo, ante los cuales más de una vez me he detenido, lamentando no ser dueño de un pincel y una paleta en lugar de esta pluma inhábil; la rosaleda del Prado, cara al fácil y efímero romanticismo de las niñas casaderas; las calles de la Unión flanqueadas a veces por algunos caserones con recuerdos de los tiempos de Oribe, o de aquellos otros mucho más cercanos, de aquellos de tardes de toros que fueron delicias de nuestros mayores, por cuyas venas corría con no enfriado ardor la sangre española; el abigarramiento de feria del Parque Rodó, ensordecedor de músicas de organillos y de chirriantes orquestas; el patio antiguo con arriates de flores y aljibe en el centro en cuyos azulejos brillantes se quiebran en astillas de oro los rayos solares. Estas cosas y muchas otras de nuestro Montevideo, que nos son familiares, desfilan en las estrofas de Emilio Frugoni, amables y evocadoras. Mil aspectos, mil rincones risueños y típicos de la ciudad, pinta y ensalza el poeta con filial afecto:

Con cuanto amor te canto, Montevideo,
a pesar de lo amarga que haces mi vida.
Eres en mi existencia llaga y recreo,
herida y venda y bálsamo de mi herida.
Apuro el dulzor suave de tus sedeñas
horas que se deslizan sin hacer ruido
cuando de cara al cielo, duermes y sueñas
tu sueño de grandezas jamás cumplido.
¡Cómo te amo en la gloria de tus mañanas
y en tus alucinantes atardeceres
y en el mudo llamado de tus ventanas
y en los ojos amigos de tus mujeres!
¡Qué placer si yo fuese como un viajero
que a tus playas desciende sin otro fin
que el de gustar con ánimo placentero
de tu tranquilo encanto de gran jardín!
¡Cómo quisiera entonces poder quedarme
mecido por tus brazos toda la vida,
ciudad de donde el mundo quiere arrojarme
hacia no sé qué playa desconocida!

Algunos pasajes del libro caen en el prosaísmo. Pero, en otros, sobre la realidad vulgar pintada con verdad y sencillez, hace flotar la poesía un impalpable halo de fina luz idealizadora.

Lo típico de nuestro país para los artistas ha sido hasta hoy casi únicamente el campo. De la ciudad, pobre del llamado color local, inescrupulosos fabricantes de hilvanes de escenas han visto casi tan solo el arrabal, en lo que tiene de innoble y de guarango. Libros como el de Frugoni, si no existieran otros, bastarían para probar cuántos rincones, cuántos lugares y aspectos urbanos esperan al artista que sepa contemplarlos con aquella simpatía capaz de sorprender secretos de hermosura, invisibles para los ojos vulgares.

1924.